

La pereza

Por ENRIQUE GUARNER

A la aversión hacia el esfuerzo y a laborar se le llama pereza o indolencia. El «Génesis» afirma que el trabajo brotó en la Tierra como resultado del pecado de Adán. A partir de ese momento el ser humano fue condenado a ejecutar en forma incansable las tareas que dieron como resultado nuestra civilización. Ellas son las que le han reintegrado en su dignidad frente a Dios.

Sin embargo, el «Eclesiastés» nos asegura: «Toda la labor del hombre es para su alimentación, pero su apetito nunca quedará satisfecho». Esto último indica que el alma no requiere solamente del trabajo, sino de la plegaria y la contemplación. Por lo tanto, las actividades económicas no son suficientes para la salvación del espíritu, si el reconocimiento del Todopoderoso se encuentra ausente.

Para los judíos, la fatiga a consecuencia del excesivo laborar es una forma de alcanzar el perdón, porque todas las riquezas terrenales le pertenecen únicamente a Dios. La intervención del Creador en el ahorro asegura al llamado «pueblo elegido» las condiciones de la existencia perfecta, pero una vez que la vida finalice y se regenere el mundo ya no habrá mayor necesidad de laborar.

En lo que se refiere al Cristianismo, podemos decir que adopta la idea esencial de que el trabajo dignifica. Jesús es hijo de un carpintero y nació pobre para que a través de su indigencia el hombre alcance la riqueza. Con la doctrina católica, las ocupaciones se regeneran y el trabajo produce la independencia y da lugar a la caridad hacia los necesitados.

Puede afirmarse que a lo largo de la Edad Media se apreció el estar ocupado siempre y cuando hubiera el tiempo suficiente para la adoración del Señor. Resulta importante mencionar el principio de San Benedicto: «ora et labora» (reza y trabaja); para comprender la idea liberal de satisfacer las tareas que nos son encomendadas.

La Reforma Protestante contribuyó con nuevos elementos a la teoría del trabajo. Sin extirpar la idea de la ocupación como remedio para evitar el pecado, Lutero convirtió la labor diaria en un servicio para Dios. Más allá, fue Calvino quien pensó en la conciencia moral de la sociedad para incrementar los bienes del Señor y sólo a través del trabajo podrán las almas salvarse o sufrir su condena final. Por lo tanto únicamente aquellos que produzcan serán los elegidos y puede afirmarse que el reformista suizo fue uno de los máximos propulsores del capitalismo.

Desde puntos de vista que se contradicen, los filósofos han hecho énfasis en diferentes teorías del trabajo. Para Fichte «todo ser humano debe hacer su propia vida por medio de su ocupación y cualquiera que no la cumpla, dejará de respetar la propiedad de los demás». Hegel, quien desciende de esta misma línea de pensamiento, considera como una ley absoluta la labor del hombre.

Por el contrario, Karl Marx trata la historia como resultado de aspectos económicos en la productividad. Para el pensador de Treves, lo trascendental es la lucha de clases y la labor del obrero debería ser la que diera valor a los bienes. Según Marx, la única solución reside en la revolución que traerá un orden socialista liberando la propiedad privada de sus dueños y del abuso de las autoridades.

Aspectos psicológicos en el trabajo

Dentro del pensamiento de Sigmund Freud, el impulso sexual es la meta fundamental de la vida y nos lleva a la perpetuación de la especie. Por otra parte el trabajo resulta ser una necesidad desarrollada sociológicamente y nos sirve para evitar perecer por falta de alimentos. En realidad se puede afirmar que el descubridor del psicoanálisis no entendía el juego del niño más que como una compulsión a la repetición. Es decir, que sólo encontraba en él implicaciones agresivas y sexuales, pero no las funciones creativas y formas de expresar la realidad y la fantasía que el juego implica.

El único placer que el genio vienés se permitió a lo largo de su existencia fueron los partidos de cartas semanales que le hacían descansar con su cerrado círculo de amigos.

Puede afirmarse que el trabajo en el hombre cubre una parte integrada de la mente. A través de él se aseguran los objetos que nos satisfacen y que difícilmente podemos obtener por medio de los impulsos.

Cuando el niño va creciendo su energía es desplazada primero hacia el juego y posteriormente al aprendizaje. Estas fuerzas que se integran en el yo se concentran en la vida adulta en la labor cotidiana. Sin embargo, no podemos descartar aquí la presencia de la conciencia moral que nos obliga a la puntualidad y a seguir desempeñando nuestra ocupación a pesar de la fatiga.

El trabajo incrementa la autoestima y nos hace sentirnos necesitados por los demás. Esto lo observamos en forma apabullante cuando se nos despiden. El narcisismo queda dañado y frecuentemente presentamos repercusiones psíquicas como pueden ser: angustia, depresión, adicción y hasta infarto del miocardio.

Algunas ideas sobre la pereza

Como vimos anteriormente el ocio no fue siempre condenado y hasta se supone que Adán lo disfrutó en el Paraíso hasta que cometió el famoso pecado original.

Los griegos hicieron de la pereza una divinidad alegórica, hija del sueño y de la noche, que por haber dado oído a las lisonjas de Vulcano se vio transformada en un caracol; animal considerado holgazán por la lentitud de su marcha.

Sin embargo, la cultura griega condenó al ocio, igual que lo han hecho todas las sociedades que hayan existido. Las razones parten de que la aversión al trabajo trae aparejada la falta de productividad, la negligencia y el descuido en el cumplimiento de los deberes que se nos encomiendan.

Para muchos la pereza es la madre de todos los vicios y el llamado «dulce famiente» ha poblado a la humanidad desde las clases opulentas que son las que han tenido más posibilidades de desarrollarla, hasta los pobres, quienes en ocasiones prefieren abstenerse de comer a verse obligados a trabajar.

Para la Iglesia Católica constituye uno de los siete pecados capitales y se expresa comúnmente con la frase «cuesta mucho trabajo el ser bueno». La pereza es contraria al primero de los mandamientos y equivale a la infracción de un precepto grave, dado que produce daño al prójimo, como puede ser escasez a quienes dependen del pecador.

Naturalmente que en lo anterior nos referimos a la pereza voluntaria y no a aquella que es causada por una enfermedad mental, en la que otros factores influyen. Por ejemplo, ciertos esquizofrénicos muestran grandes dificultades en su trabajo. Una buena parte de ellas se deben a sus bloqueos que provocan obstáculos en las relaciones interpersonales, y el escollo que surge para aceptar las órdenes de los superiores y extraños.

Los pacientes que sufren demencia precoz únicamente pueden trabajar en lugares donde no haya sorpresas y que en general permitan el aislamiento de los demás seres humanos. Algunos esquizofrénicos con áreas libres de conflicto pueden incluso efectuar labores creativas o altamente especializadas, pero donde la comunicación no sea indispensable.

En la esquizofrenia de la forma simple, la abulia es el síntoma predominante, puesto que la persona entra paulatinamente en una disminución de sus actividades hasta caer en una indolencia alarmante. Llama la atención la incompetencia para reaccionar frente a los estímulos más fuertes y sensatos, en contraste con una capacidad conservadora para comprender planteamientos y situaciones.

Estando el sujeto inmerso en extrañas vivencias a lo circundante deja deslizar su existencia sin injerencias de ninguna índole, absorbido por una falta de deseos de comunicarse y esta transformación lenta hacia la pereza conspira contra el diagnóstico, pues retarda la alarma de los familiares, quienes esperan que la situación pase, tomándola como una mera transición en el proceso evolutivo de la vida.

Para concluir quisiera afirmar que, al igual que la pereza, es patológico también el excesivo trabajo de ciertos individuos que tratan de derrotarse a través de la culpa y destruyen su vida familiar.

